

FRAGMENTOS DE WERTHER

Ofrecemos aquí una **antología básica** de las cartas que conforman el *Werther*, de **Goethe**, para que el lector pueda acceder al meollo argumental de la novela.

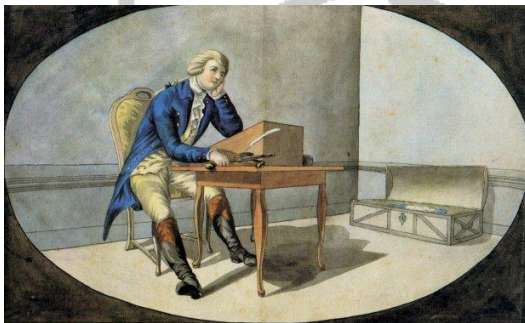
El libro comienza con una **nota del editor** en donde nos informa de lo que va a presentar a continuación y nos pide nuestra **condescendencia** (pues sabe que lo que cuenta es la historia de un **suicida** que elige morir sin arrepentimiento, por elección propia):

“Todo lo que he podido averiguar sobre la historia del pobre Werther me he esforzado en recopilarlo y lo presento aquí, seguro como estoy de que me lo vais a agradecer. Al espíritu de este y a su modo de ser no podréis negarle vuestra admiración y vuestro amor, a su destino no podréis negarle vuestras lágrimas.

Y tú, alma buena que en estos momentos estás sintiendo el mismo impulso que él, consuélate con sus sufrimientos y deja que este librito sea tu amigo si, debido al destino y a tu propia culpa, no te es posible encontrar otro más cercano.”

Libro primero

- El “locus amoenus”



He aquí las dos **primeras cartas** de **Werther** dirigidas a **Wilhelm**, su confidente y amigo. En ellas habla de una **aldea idílica**, pero también reconoce que ha hecho suspirar de amor a **Leonor**, que se ha enamorado tontamente de él. Poco después, **Werther** probará de su propia medicina, pues será él quien se enamore de **Lotte**, su amor imposible.

La historia de **Leonor** está inspirada en la real de **Friederike Brion**, la hija del pastor a la que **Goethe** conoció en sus años en la ciudad alemana de **Wetzlar** y de quien se alejó finalmente (como **Werther** se aleja de **Leonor** en la novela).

El inicial **estado de ánimo** del joven **Werther** es de **felicidad** plena: muy alejado de lo que siente hacia el final de la historia. **Werther** está feliz por haber dejado la ciudad y haberse ido al pueblo. En su estado de ánimo, es normal que en su estilo epistolar florezcan las **exclamaciones**, **preguntas retóricas**, **frases entrecortadas**, **repeticiones**... Todo el repertorio estilístico del (**Pre-**) **Romanticismo**.

El **paisaje** es el **tópico “locus amoenus”**, el lugar paradisiaco, el **jardín del Edén** que **Werther** encuentra en el pueblo de **Wahlheim**, un pueblo inventado que, parece ser, **Goethe** creó a partir de rasgos de su pueblo natal y de otros detalles tomados de lugares idílicos que él había visitado.

El **tema** es también **tópico**: el “**menosprecio de corte y alabanza de aldea**” que ya aparece en autores como nuestro **fray Antonio de Guevara**, el elogio del sabio retirado (un tema que ya

encontramos en nuestro zaragozano Avempace, en su *Régimen del solitario*), el célebre tópic del “*Beatus Ille*” de Horacio, fray Luis de León y tantos otros escritores, con su consabido canto al “*aurea mediocritas*”, al dorado encanto de la vida mediocre y apartada...



Friederike Brion,
1752-1813

4 de mayo de 1771

¡Qué feliz soy de no estar ahí! Mi buen amigo, ¡cómo es el corazón del hombre! ¡Alejarme de ti, a quien tanto estimo, y de quien era inseparable, y sentirme dichoso! Ya sé que me lo perdonas. ¿No estaban bien elegidas por el destino todas mis otras amistades para angustiar un corazón como el mío? ¡Pobre Leonor!, y la verdad del caso es que yo fui inocente. ¿Qué culpa tenía yo de que se encendiese tal pasión en su pobre corazón, mientras los encantos caprichosos de su hermana me proporcionaban grata diversión? Y, sin embargo, ¿soy inocente del todo? ¿No he alimentado yo sus sentimientos? ¿No me deleité yo mismo con sus dichos tan naturales que a menudo nos hacían reír, aunque nada tenían de risibles? ¿No he...? ¡Oh!, ¡lo que es el hombre, que puede quejarse de sí mismo! Voy, querido amigo, te lo prometo, voy a corregirme, no quiero andar rumiando esa brizna de infortunio que nos depara el destino, como he hecho siempre; quiero disfrutar del presente y dar lo pasado por pasado. Cierto, tú tienes razón, queridísimo, los sufrimientos serían menores entre los humanos si éstos —¡sólo Dios sabe por qué fueron hechos así!— dedicasen su fantasía con menos ahínco en evocar el recuerdo de males pretéritos, antes que en hacer soportable un presente anodino. (...)

Por lo demás, aquí me encuentro muy a gusto. La soledad que se respira en esta paradisiaca comarca es bálsamo delicioso para mi corazón y esta juvenil época del año inflama de lleno este tan a menudo zozobranante corazón. Cada árbol, cada seto es un ramillete de flores y uno quisiera volverse mariposa para revolotear en este mar de perfumes y poder encontrar en él todo su alimento.

La ciudad en sí es desagradable, pero en cambio la naturaleza de sus alrededores es de una belleza indescriptible. Fue ésta la que movió al difunto conde de M... a plantar un jardín en una de las colinas que se entrecruzan en la más hermosa variedad, formando los más amenos valles. El jardín es sencillo, y nada más entrar en él se adivina que el plano no fue trazado por un versado jardinero sino por un corazón delicado que buscaba allí su propio regocijo. Muchas lágrimas he vertido en su memoria en el ruinoso gabinete que era su lugar favorito, como también lo es el mío. Pronto seré dueño de este jardín; solamente llevo aquí unos días y el jardinero me estima y estoy seguro de que no le va a pesar.

En la carta siguiente, **Werther** sigue en su **beatitud**: dice sentirse sereno, sosegado. Pero su aparente tranquilidad contrasta con su **vehemente** estilo epistolar, lleno de **exclamaciones** y donde el joven expresa su **ánimo** emocionado y fácilmente impresionable.

10 de mayo

Se ha adueñado de todo mi ser una admirable serenidad parecida a esas dulces mañanas de primavera que disfruto con toda mi alma. Estoy solo y me felicito de vivir en este lugar creado expresamente para almas como la mía. Me siento tan dichoso, mi querido amigo, tan sumido en el sentimiento de vida apacible, que mi arte se resiente de ello. Ahora no podría trazar ni una línea, ni dar una pincelada; sin embargo, jamás me he sentido más pintor que en estos instantes. — Cuando el ameno valle exhala a mi alrededor una tenue neblina y el sol, en su cénit, descansa sobre la superficie de las impenetrables tinieblas de mi bosque, logrando solamente algunos rayos filtrarse en el íntimo santuario, y tendido sobre la alta hierba al borde del arroyo saltarín, descubro, alfombrando la tierra, mil variedades de hierbecillas; cuando siento muy cerca de mi corazón el zumbido de ese pequeño mundo entre los tallos, las incontables e inenarrables formas de los gusanillos, de los mosquitos, y siento la presencia del Todopoderoso que nos creó a su imagen, y el soplo del infinito Amador que nos sostiene y mantiene flotando en eterna delicia; ¡amigo mío!, cuando empieza a oscurecer en mis ojos y el mundo que me rodea y el cielo reposan en mi alma como la imagen de la mujer amada — entonces, a menudo, me invade la nostalgia y pienso: ¡si pudieras volver a expresarlo, insuflar en el papel lo que con tanta fuerza y ardor vive en ti, hasta convertirlo en espejo del alma, como tu alma es el espejo del Dios infinito! — ¡Amigo mío! Pero desfallezco, me siento perdido ante el poder de la magnificencia de estas imágenes.

- Werther conoce al padre de Charlotte

El **administrador** causa buena impresión a **Werther**, como le comunica puntualmente a su amigo y confidente **Wilhelm**:

17 de mayo (fragmento)

“(…) He conocido a otro hombre también, el administrador del príncipe, una persona excelente, franca y noble. Se dice que verle entre sus hijos, tiene nueve, es un placer para el alma; la gente se hace lenguas [por la hermosura] de su hija mayor. Me ha pedido que vaya a su casa y voy a ir a verle en los próximos días. Vive a una hora y media de aquí, en un pabellón de caza del príncipe, que es adonde se le permitió trasladarse después de la muerte de su mujer, porque estar aquí, en la ciudad, en la casa de la administración, le resultaba demasiado doloroso.

Por lo demás, me he cruzado por el camino con algunos personajes estrafalarios en los que todo resulta insufrible, especialmente sus muestras de amistad (…).”

- Contra las reglas

La **naturaleza** es tan idílica en el pueblo de **Wahlheim** que **Werther** decide guiarse solo por ella y olvidarse de las **preceptivas** y **normas** racionalistas. Un rasgo típicamente **romántico**: la **naturaleza** vence a la **lógica**, la **belleza natural** a las construcciones del **intelecto**, la **pasión** a la **razón**.

26 de mayo

(…) Esto me reafirmó en mi propósito de, en lo sucesivo, atenerme únicamente a la naturaleza. Sólo ella es enormemente rica y solamente ella forma a los grandes artistas. Mucho podrá decirse en pro de las reglas, casi tanto como puede decirse en alabanza de la sociedad burguesa. Quien se forma con arreglo a ellas nunca producirá algo malo o de mal gusto, lo mismo que el que se deja guiar por las leyes y los buenos modales nunca podrá ser un vecino inaguantable ni un singular malvado, pero, dígame lo que se diga, ¡también las reglas destruyen el verdadero sentimiento de la naturaleza y la auténtica expresión! Dirás que eso es demasiado tajante, que en realidad las reglas son un freno y una poda de las ramas fértiles, etc. — Mi buen amigo, ¿quieres que te ponga una comparación? Con esto ocurre como con el amor. Un corazón joven se enamora de una muchacha, pasa todas las horas del día con ella, malgasta todas sus energías, toda su fortuna, para mostrarle en cada instante que es totalmente suyo. Y hete aquí que aparece un fariseo, un hombre que ocupa un cargo público y le dice: «¡Distinguido señorito! Amar es humano, ¡debéis pues amar sólo humanamente! Distribuid vuestro tiempo, dedicad parte al trabajo y las horas de esparcimiento a vuestra muchacha. Calculad vuestra hacienda y de lo que os reste de lo necesario, no os prohibo que le hagáis algún regalito, pero sin excesiva frecuencia, por ejemplo en su cumpleaños o su onomástica, etc.» Siguiendo estos consejos llegará a ser un joven de provecho y yo le aconsejaría a cualquier príncipe que le diese un empleo a sus órdenes; pero se acabó su amor y si es artista, terminó con su arte. ¡Oh amigos!, ¿por qué el torrente del genio brota raras veces, y tan pocas se encrestan sus altas olas conmoviendo vuestras almas atónitas? — Queridos amigos, allá, a ambas orillas del río, habitan graves señores cuyos jardines, campos de tulipanes y hortalizas se irían a pique si no hubieran sabido defenderse del peligro que les amenazaba, con diques y regueras.

- Aparece Lotte

Werther conoce a **Lotte** y le cuenta todos los detalles a su amigo en una **larga carta** de la que aquí reproducimos solo un **fragmento**. Cuando ella pronuncia el nombre de **Albert**, y le dice a **Werther** que está prometida a él, la **plácida naturaleza** múdase entonces en **truenos** y **relámpagos**: todo un **símbolo** del estado de ánimo del poeta. En el estilo epistolar del joven

vuelven a florecer **exclamaciones, interrogaciones retóricas, interjecciones** (“¡Bah!”), **puntos suspensivos**, etc.



16 de junio (fragmento)

¿Por qué no te escribo? ¡Me lo preguntas tú, y eres, sin embargo, uno de los eruditos! Deberías adivinar que me encuentro bien y que por cierto... En una palabra, he conocido a una persona que afecta muy de cerca a mi corazón. Yo... Yo no sé.

Contarte ordenadamente cómo ocurrió, que he conocido a una de las criaturas más amables del mundo, va a ser tarea difícil. Me encuentro contento y feliz, pero no soy un buen narrador de historias.

¡Un ángel! ¡Bah! Todos dicen lo mismo de la suya, ¿no es cierto? Y sin embargo, no me encuentro en condiciones de decirte lo perfecta que es, ni por qué es perfecta; basta, ella se ha apoderado de todos mis sentidos.

Tanta sencillez y a la par tanta inteligencia, tanta bondad y tanta entereza, y esa paz del alma en medio de esa vida real y esa actividad...

Cuanto te estoy diciendo de ella no es más que pura palabrería, simples abstracciones que no expresan ni un solo rasgo de ella misma. Otra vez... no, otra no, ahora mismo voy a contártelo. Si no lo hago ahora no lo haré nunca. Pues, dicho sea entre nosotros, desde que empecé a escribir estuve ya tres veces a punto de tirar la pluma y mandar ensillar el caballo y salir a pasear. Y sin embargo, esta mañana temprano juré no salir de casa, pero me asomo a cada instante a la ventana para ver qué alto va el sol...

Al fin no pude resistirlo y tuve que ir a su casa. Aquí me tienes de nuevo, Wilhelm, dispuesto a cenar y a escribirte. ¡Qué delicia para mí espíritu el contemplarla rodeada de los simpáticos y alegres niños, de sus ocho hermanos!

- Se nombra a Albert: comienza la tormenta

En cuanto el nombre de **Albert**, el prometido de **Lotte**, aparece en la conversación la **naturaleza** hasta entonces plácida se vuelve **violenta**: tormentas, rayos, nubarrones... Todo un **presagio** de lo que se desata en el corazón de **Werther**:

16 de junio (fragmento)

“En la tercera danza inglesa éramos la segunda pareja de baile. Mientras avanzábamos bailando a través de la fila y yo, sabe Dios con qué delicia, colgaba de sus brazos y de sus ojos, llenos de la expresión más verdadera del más franco y más puro de los placeres, he aquí que pasamos junto a una mujer que me había llamado la atención por la amable expresión de su rostro, que ya no era muy joven. Mira a Lotte con una sonrisa, levanta un dedo amenazador y, como quien no quiere la cosa pero con mucha intención, pronuncia por dos veces el nombre de Albert.

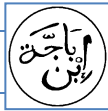
—¿Quién es Albert? —le pregunté a Lotte—, si no es demasiado atrevimiento preguntar esto.

Ella iba a contestar cuando tuvimos que separarnos para el gran ocho y, en el momento de cruzarnos, me pareció ver cierta preocupación en su frente.

—Para qué voy a negárselo —dijo ella mientras me ofrecía la mano para el paseílllo—, Albert es un gran hombre con el que, como quien dice, estoy comprometida.

Para mí esto no era nada nuevo (porque las muchachas me lo habían dicho durante el camino) y, sin embargo, era nuevo del todo, ya que al tratar por vez primera con Lotte, que en apenas unos momentos había cobrado tanto valor para mí, yo aún no lo había relacionado con ella. Bueno, entré en un estado de confusión, me olvidé de mí y fui a meterme entre una pareja que no era la que me tocaba, hasta tal punto que se formó el mayor de los revoltijos y fue necesaria toda la presencia de espíritu de Lotte, tirándome de un lado y empujándome hacia otro, para volver a poner orden lo antes posible en todo aquello.

No había terminado aún el baile cuando los rayos que durante un buen tiempo habíamos visto brillar en el horizonte, y que yo había tomado por relámpagos, empezaron a hacerse más intensos, y el ruido de los truenos acabó por ahogar la música. Tres chicas salieron corriendo de la fila y detrás de ellas sus parejas; hubo un desorden general y cesó la música. Es natural que cuando una desgracia, o algo terrible, nos sorprende en medio de la diversión, esto produzca en nosotros impresiones más fuertes que de costumbre; en parte debido



al contraste entre ambas situaciones, que se hace sentir de un modo más vivo, en parte también, y en mayor medida, porque nuestros sentidos son más receptivos y por tanto perciben de un modo más rápido las impresiones. A estas causas tengo que atribuir el hecho de que en el rostro de varias chicas se dibujaran de repente extrañas muecas. La más inteligente se sentó en un rincón, dando la espalda a la ventana, y se tapó los oídos. Otra se arrodilló delante de ella y apoyó la cabeza en el regazo de esta. Otra se lanzó entre las dos y, en medio de un mar de lágrimas, abrazaba a su hermanita. Algunas querían irse a casa; otras, menos conscientes aún de lo que hacían, carecían de la serenidad suficiente para controlar las insolencias de nuestros jóvenes descarados, que parecían muy ocupados en sacar de los labios de las bellas afligidas las temerosas oraciones que ellas dirigían al cielo”.

- Discusión sobre el suicidio

Werther y **Albert** discuten sobre el **suicidio** y sus opiniones son totalmente distintas: para **Albert**, es un acto de **cobardía**; para **Werther**, indica lo contrario, **valentía**. La carta es una **prolepsis** o **anticipación** del funesto desenlace de la novela. Y además, ya aparecen aquí las **pistolas de Albert**, que tan importantes serán más adelante.

Albert es un ser honorable, digno de aprecio, caracterizado por su rectitud; representa las viejas ideas **neoclásicas**: el trabajo, el conservadurismo, la razón, la familia... **Werther** es la juventud **romántica**, alocada, impetuosa, rebelde, inconformista, soñadora... Así al menos lo sintieron los lectores de la época, que se identificaron inmediatamente con el joven y lo convirtieron en su héroe y su símbolo.

Entre estos dos hombres honestos, apreciables, atractivos, está presa **Lotte**, una chica convencional que tendrá que optar por mantener la **palabra** (de matrimonio) dada al uno o romper con todo y sacrificarlo en el altar del **amor**. Cuando lo haga, se producirá el trágico desenlace de la novela.

12 de agosto

Cierto, Albert es la mejor persona bajo el sol. Ayer tuve con él una escena curiosa. Fui a su casa para despedirme de él, pues me dieron ganas de dar una vuelta a caballo por la montaña desde donde ahora te escribo, y estando paseando por su habitación me saltaron a la vista sus pistolas. «Préstame las pistolas para mi paseo», le dije. «¡Por mí...! —respondió—, pero tendrás que tomarte la molestia de cargarlas; sólo cuelgan ahí de adorno». Descolgué una de ellas y él añadió: «Desde que mi poca precaución me jugó una mala pasada no quiero saber nada más de ese artillero». Tenía curiosidad por saber la historia. «Estaba pasando en el campo, en casa de un amigo, una temporada de tres meses, tenía unas tercerolas descargadas y dormía plácidamente. Una tarde de lluvia, estando sentado sin saber qué hacer, se me ocurrió pensar que podían atracarnos y podíamos necesitar las tercerolas y podríamos... ya sabes lo que pasa. — Se las di al criado para que las limpiara y las cargase. Éste se puso a jugar con las criadas, quiso asustarlas y Dios sabe cómo, se le disparó el arma, estando la baqueta dentro, y ésta se le clavó a una muchacha en la mano derecha y le destrozó el pulgar. Tuve que soportar las lamentaciones y por añadidura pagarle la cura, y desde entonces dejó todas las armas descargadas. Querido amigo, ¿qué es la prudencia? No se aprende jamás a evitar el peligro. Pero...» Ya sabes cuánto quiero a este hombre, exceptuados sus «peros»; pues, ¿no se sobrentiende que no hay regla sin excepción? ¡Pero este hombre es tan honrado! que cuando cree haber dicho algo demasiado precipitado, de carácter general o dudoso, no cesa de limitar, modificar, quitarle o añadirle hasta que al final no queda nada del asunto. En esta ocasión se metió totalmente de lleno en su papel; dejé finalmente de prestarle atención, me puse triste, y con ademán decidido apoyé la boca de la pistola en la frente por encima del ojo derecho. «¡Quita eso! del medio —dijo Albert, arrebatándome la pistola—. ¿A qué viene todo esto?» «No está cargada», respondí. «Aun así, ¿a qué viene eso? —añadió impaciente—, no puedo imaginarme cómo un hombre puede ser tan loco que acabe pegándose un tiro; solamente el pensarlo me produce repugnancia.»

«¡Que vosotros los hombres —exclamé— empecéis inmediatamente sentenciando al hablar de cualquier cosa: esto es ridículo, esto es sensato, esto es bueno, eso es malo! ¿Qué significa todo eso? ¿Habéis indagado, para poder hacerlo, las relaciones internas de una acción? ¿Sabéis con certeza las causas que la producen, por qué ocurrió, por qué tuvo que ocurrir? Si tal hicisteis no juzgaríais con tanta ligereza.»



«Me concederás —dijo Albert— que ciertas acciones son inmorales sea cual fuere el móvil que las produce.»

Me encogí de hombros y asentí. «Sin embargo, amigo mío —insistí—, también aquí hay excepciones. Es cierto que el robo es un delito: pero el hombre que, por salvarse a sí mismo y a los suyos de la muerte inmediata por hambre, se lanza al robo, ¿merece compasión o castigo? ¿Quién arrojará la primera piedra contra el marido que en legítima cólera mata a su infiel mujer y a su infame seductor? ¿O contra la muchacha que en una hora deliciosa se entrega al incontenible goce del amor? Nuestras mismas leyes, esos pedantes de sangre fría, se dejan enternecer y suspenden sus castigos.»

«Eso es muy distinto —replicó Albert—, porque el hombre que se deja arrastrar por las pasiones, pierde totalmente el uso de la razón y debe ser considerado como un borracho, corno un demente.»

«¡Ay de vosotros los hombres razonables! —exclamé sonriendo—. ¡Pasión!, ¡embriaguez!, ¡demencia! Estáis ahí tan tranquilos, tan impasibles, vosotros los virtuosos reprobáis al borracho, despreciáis al insensato, pasáis de largo como el sacerdote y dais gracias a Dios como los fariseos, porque no os ha hecho como a uno de éstos. Yo me embriagué más de una vez, mis pasiones rayaron en la locura y ninguna de ambas me pesa: pues he aprendido a comprender en su medida que todos los hombres extraordinarios que han realizado cosas grandiosas, algo que parecía imposible, han sido siempre tildados de locos y borrachos.»

»Incluso en la misma vida ordinaria resulta intolerable el oír gritar a casi todo el mundo ante una acción libre, noble, inesperada: "¡Ese hombre está borracho; es un loco! ¡Avergonzaos vosotros los sobrios! ¡Avergonzaos vosotros los sabios!"»

«De nuevo me vienes con tus chifladuras —dijo Albert—. Todo lo exageras y aquí, en este punto al menos, no tienes razón al comparar el suicidio, que es de lo que ahora se trata, con acciones sublimes: cuando no debe ser considerado sino como flaqueza. Porque en realidad, es más fácil morir que soportar con entereza una vida llena de penalidades.»

A punto estuve de cortar, pues no hay nada que me saque tanto de mis casillas como el que alguien me venga con argumentos triviales cuando yo estoy hablando de todo corazón. No obstante me contuve, porque ya había oído lo mismo muchas veces y más todavía me había llenado de indignación al oírlo, por eso le repliqué con cierta viveza. «¿A eso llamas tú debilidad? Te lo suplico, no te dejes engañar por las apariencias. ¿Te atreverás a llamar débil a un pueblo que gime bajo el yugo insoportable de un tirano, si al fin explota y rompe sus cadenas? Un hombre que ante el pánico de que el fuego devore su casa siente todas sus fuerzas en tensión y acarrea con facilidad una carga que en estado normal apenas podría mover, aquel que furibundo al verse insultado arremete contra seis y los vence; ¿los llamarías tú cobardes? Y, mi buen amigo, si el esfuerzo es fortaleza, ¿por qué la tensión en grado máximo ha de ser lo contrario?» Albert me miró y dijo: «No lo tomes a mal, pero los ejemplos que aduces me parece que no vienen a cuento.» «Puede ser— repliqué—, más de una vez me han reprochado que mi lógica raya a menudo en la palabrería. Veamos, pues, si podemos imaginarnos de otro modo en qué estado de ánimo ha de hallarse el hombre que se decide a deshacerse del peso de la vida, en ocasiones agradable. Porque solamente podremos tener el honor de hablar de una cosa si la conocemos y sentimos como los demás.»

»La naturaleza humana —continué argumentando— tiene sus límites: puede soportar hasta cierto grado la alegría, las penas y sufrimientos, pero sucumbe en cuanto sobrepasa esa barrera. No se trata por tanto aquí de si uno es fuerte o débil, sino de si puede soportar el grado de sufrimiento, bien sea moral o físico. Y me parece igualmente absurdo tachar de cobarde a quien se quita la vida; como no sería pertinente tildar de cobarde a quien muere de una fiebre maligna.»

«¡Paradojas y más paradojas!», exclamó Albert. «No tantas como tú piensas —repliqué—. Concederás que llamamos enfermedad mortal a aquella que ataca de tal modo a la naturaleza que destruye en parte sus energías, en parte las inutiliza para el servicio, hasta que ya no puede valerse más por sí misma, ni es capaz de restablecer el curso ordinario de la vida mediante alguna reacción afortunada.»

«Pues bien, querido, apliquemos esto mismo al espíritu. Observa al hombre en sus limitaciones, mira cómo actúan sobre él las impresiones, cómo arraigan en él las ideas, hasta que al fin una pasión creciente le roba todas las serenas fuerzas de su razón y le impulsa a su destrucción.»

»¡En vano el hombre sereno y sensato contempla el estado del desdichado, vanas serán las palabras que le dirija! Viene a ser lo mismo que si una persona de buena salud se sienta al lecho de un enfermo; no podrá transferirle ni un ápice de sus fuerzas.»

Para Albert esto era generalizar demasiado. Le recordé a una joven que hacía unos días habían sacado ahogada del río y volví a contarle el caso. «Era una buena muchacha, que se había criado en el reducido círculo de las faenas domésticas, en la rutina del trabajo semanal, sin otras perspectivas de distracción que ir a pasear los domingos con las de su igual por las afueras de la ciudad, ataviada con los trapos que poco a poco había ido apañando, y tal vez, para ir al baile durante las festividades importantes; y por lo demás, pasaba las horas hablando con alguna vecina, con todo el interés y poniendo toda su alma, sobre el tema de una riña o de un chismorreo.... su ardiente naturaleza empieza por fin a sentir otras exigencias íntimas que fueron creciendo con las lisonjas de los hombres; las alegrías de antes se iban poco a poco tornando insustanciales, hasta que al



fin da con un hombre hacia el que se siente arrastrada por un sentimiento desconocido, en quien a partir de ahora depositará todas sus esperanzas, se olvida de cuanto la rodea; ni ve, ni oye, ni siente si no es a él, el único, y no anhela otra cosa que a él, el único. No corrompida aún por los placeres vacíos de una inconstante vanidad, sus aspiraciones tienden a un objetivo, llegar a ser suya, quiere en eterna unión conseguir la felicidad que le falta, disfrutar unidos todos los goces por los que suspira. Reiteradas promesas selladas por la certeza de todas las esperanzas, atrevidas caricias que acrecientan sus vivos deseos, ponen cerco a su alma entera; está flotando en una vaga conciencia, en un presentimiento de todos los placeres; en grado sumo de tensión, extiende al fin sus brazos para abarcar todos sus deseos... y su amante la abandona... — Atónita, sin sentido, se encuentra al borde de un abismo; ¡solamente tinieblas a su alrededor, ninguna perspectiva, ningún consuelo, ni la más remota esperanza!, pues la ha abandonado quien era toda su existencia. No ve el vasto mundo que ante ella se extiende, ni a nadie de los muchos que podrían compensar su pérdida, se siente sola, de todos desamparada... y ciega, aprisionada por la terrible angustia de su corazón, se arroja al abismo para sofocar sus penas en esa muerte que todo lo abarca. He aquí Albert, ¡esta historia de tantos hombres! Y dime, ¿no es éste el caso de la enfermedad? La naturaleza no sabe salir de ese laberinto de fuerzas confusas y antagónicas, y el hombre tiene que morir.

»¡Ay de aquel que es testigo y pueda decir: "La loca"! Si hubiera esperado, si hubiera dejado obrar al tiempo, la desesperación se habría aplacado y habría surgido otro que la consolara. Sería exactamente lo mismo que si alguien dijese "¡Qué loco, morir de calentura! ¡Si hubiera esperado a recuperar las fuerzas hasta que sus humores mejoraran, y se hubiese calmado el ardor de su sangre, todo se habría arreglado y seguiría viviendo todavía hoy!"»

Albert, al que no le parecía evidente la comparación, puso algunas objeciones, entre otras: que yo había traído a cuento solamente la historia de una muchacha inocente, pero que no podía comprender cómo se podía disculpar a un hombre de talento, no de tan cortas luces y de horizonte más amplio. «Amigo mío — exclamé—, el hombre es sólo hombre y la escasa inteligencia que pueda tener poco o nada cuenta cuando la pasión se agita y está uno confinado por los límites de lo humano... Más bien... Otra vez hablaremos de eso...», dije y cogí el sombrero. ¡Oh!, ¡tan colmado estaba mi corazón! Nos despedimos sin habernos puesto de acuerdo. ¡No es fácil en este mundo entenderse mutuamente!

Libro segundo

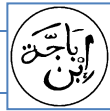
- Crítica social

Werther, aconsejado por su confidente epistolar **Wilhelm**, decide alejarse de **Lotte** para combatir el amor imposible que siente por ella. Acepta un trabajo en una ciudad del **Sur de Alemania** cuyo nombre silencia. Su espíritu va entrando en una fase de **desánimo**, y ello se junta a una feroz **crítica social** contra los **aristócratas**, a los que encuentra despóticos, engreídos, estúpidos... En la vida real, el amigo de **Goethe**, **Jerusalem**, que acabó suicidándose con unas **pistolas** prestadas, había tenido los mismos problemas de compatibilidad que **Werther** con sus superiores en la embajada.

20 de octubre de 1771

Llegamos ayer. El embajador se encuentra algo indispuerto y tendrá que guardar reposo algunos días. Si no fuera tan gruñón todo marcharía bien. Ya veo, ya veo que el destino me ha deparado duras pruebas. Pero ¡hay que tener ánimo!, ¡un carácter más fácil soportaría todo! ¡Un carácter más fácil! Risa me da el ver salir esta palabra de mi pluma. ¡Ah! Un temperamento algo más alegre y sería el hombre más feliz bajo el sol. ¿Cómo? ¿Mientras otros con sus escasas fuerzas y talento se pavonean ante mí en satisfecha complacencia de sí mismos, desespero yo de mis energías y de mis dotes? Dios bondadoso que me has otorgado todo esto, ¿por qué no te has reservado la mitad y me das en cambio complacencia y confianza en mí mismo?

¡Paciencia! ¡Paciencia! Ya mejorará todo. Sí, querido amigo, te digo que tienes razón. Desde que ando todo el día entre la gente y veo lo que hacen y cómo se afanan, estoy mucho más contento de mí mismo. Es cierto, puesto que nos han hecho de tal modo que todo lo comparamos con nosotros y a nosotros con todo,



la dicha como el infortunio se encuentran en los objetos con que nos relacionamos, y nada hay más peligroso que la soledad.

- El conde C., el embajador, la señorita von B. y la vieja tía de esta

Werther entabla amistad con el **conde C.**, que parece apreciarle. No se entiende nada bien con su jefe el **embajador** (como le pasaba en la vida real a **Jerusalem**, el amigo de **Goethe**) quien, además, en cuestiones de **estilo**, representa lo vetusto, las normas, el **Neoclasicismo** (frente a la violencia expresiva del **Romanticismo**, encarnada por **Werther** y su gusto por el **hipérbaton**). Conoce a la **señorita von B.**, que le parece distinta a las demás damas (aunque luego se llevará con ella –y con el **conde**– una decepción, cuando lo inviten al **baile** y sea despreciado por la **nobleza** que asiste a él). La **tía de la señorita** refleja la estupidez de las personas empeñadas en mirar a los demás por encima del hombro. Un reflejo característico de la **aristocracia de rancio abolengo**, que **Werther** critica.

Goethe sigue el hábito de velar el nombre de los personajes (el conde C., la señorita von B.), con lo que consigue dos cosas:

- presentar al narrador como hombre de respeto, clase, **educación**,
- dar **verosimilitud** a lo narrado, presentándolo como algo realmente ocurrido a alguien en verdad existente cuyo nombre se calla por prudencia.

(Este recurso, hay que recordarlo aquí, también lo usará otro importante autor checo-alemán, **Franz Kafka**. **Josef K.** es el nombre del protagonista en *El proceso*. El agrimensor se llama simplemente **K.** en *El castillo*. Pero el escritor de **Praga** consigue con ello otro efecto distinto: crear una atmósfera de extrañeza, de **absurdo**, angustiosa.)

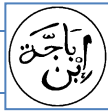
26 de noviembre

A decir verdad, comienzo a encontrarme aquí bastante regular. Lo mejor de todo es que hay bastante que hacer; y además la variedad de gentes y de nuevas caras representan para mí un espectáculo multicolor. He conocido al conde C..., hombre a quien cada día me veo obligado a profesar mayor veneración, una gran cabeza, despejada, sin que peque de finalidad a pesar de sus amplios horizontes, y en cuyo trato resplandece gran sensibilidad para la amistad y el amor. Se interesó por mí al presentarle un asunto y percatarse desde las primeras palabras de que nos entendíamos y de que podía hablar conmigo como no se puede hacer con cualquiera. Tampoco podré elogiar lo suficiente el trato tan franco que me depara. No existe en el mundo dicha tan grande ni verdadera como el hallazgo de un alma grande que se nos franquea.

24 de diciembre

El embajador me da muchos disgustos, tal y como yo había supuesto. Es el necio más puntilloso que pueda existir; meticuloso y complicado como una vieja solterona; un individuo siempre descontento consigo mismo y a quien por eso nadie puede satisfacer. Me gusta trabajar deprisa, quede como quede; pero allí está él dispuesto a devolverme mi tarea diciéndome: «Está bien, pero repáselo de nuevo; siempre se encuentra una palabra mejor o una partícula más adecuada.» Entonces me llevan los demonios. No puede faltar ni una «y», ni una sola conjunción, y es enemigo mortal del hipérbaton que de vez en cuando se me escapa. Cuando el periodo no suena según la antigua melodía, no comprende nada de nada. Es una tortura tener que lidiar con un hombre así.

Lo único que todavía me satisface es la confianza del conde de C... Hace unos días me hablaba con toda sinceridad de lo descontento que estaba de la lentitud y nimiedad de mi embajador. «Estas personas se complican su vida y la de los demás —dijo—, pero hay que resignarse como el viajero que tiene que atravesar



una montaña; el camino sería más cómodo y corto si no se alzase allí la montaña, pero como ésta existe, hay que remontarla.»

El viejo también se da cuenta de cómo el conde me antepone a él, y esto le irrita y busca cada oportunidad para hablar mal de él en mi presencia. Como es natural, yo le llevo la contraria y de este modo se agrava la situación. Ayer por no ir más lejos, me hizo perder los estribos, pues a mí iban dirigidas sus palabras: «En los asuntos mundanos el conde es bastante bueno, tiene facilidad para el trabajo y posee una buena pluma, pero está falto de una sólida erudición, como todos los literatos.» Al mismo tiempo hacía un gesto como queriendo decir: «¿Percibes la indirecta?» Pero no causó en mí ningún efecto; desprecio al individuo que tal piensa y de tal modo se comporta. Le planté cara y le ataqué con bastante dureza. Le dije que el conde era una persona digna de todo respeto, tanto por su carácter como por sus conocimientos. «No he conocido a nadie —continué diciendo— que haya conseguido enriquecer su espíritu, aplicándolo a innumerables objetos, conservando no obstante la actividad de la vida cotidiana.» Era como hablarle en chino y me despedí para no tener que tragar más bilis oyendo tantas majaderías. (...)

¡Y la deslumbrante miseria, el tedio que rodea a estas gentes toscas! Su manía de grandeza, cómo se vigilan y acechan para adelantarse un pasito a los demás; las más fútiles y miserables pasiones al desnudo. (...) Mira, no puedo comprender a esta especie humana que tiene tan poco juicio para prostituirse tan fácilmente.

En verdad, cada día me doy más cuenta, querido amigo, de lo necio que es medir a los demás con tu mismo rasero. Y como tengo tanto que hacer conmigo mismo y este corazón es tan turbulento; ¡ah!, de buen grado dejo a cada cual que siga su senda, con tal de que me dejen a mí también seguir la mía.

Lo que más me irrita son las fatales circunstancias sociales. En verdad sé tan bien como otro cualquiera cuán necesaria es la diferencia de clases y cuántas ventajas me reporta, pero no debe ser un obstáculo en mi camino, cuando yo todavía podría gozar en este mundo de un poco de alegría y de un rayo de felicidad. El otro día conocí en el paseo a una tal señorita von B..., una amable criatura, que ha sabido conservar gran naturalidad en medio del ambiente afectado en que vive. Simpatizamos durante nuestra conversación y al separarnos le pedí permiso para ir a visitarla. Ella accedió, y con tanta franqueza, que yo apenas podía esperar el momento oportuno para ir a verla. No es de aquí, y vive en casa de una tía suya. La fisonomía de la vieja no me gustó nada. Le mostré toda clase de atenciones, mi conversación iba casi siempre dirigida a ella y en menos de media hora me había ya percatado de lo que la misma señorita me confesó después: que su querida tía, en su vejez, carecía de todo, no poseía apenas fortuna ni talento, y ningún respaldo sino una lista de antepasados, ninguna protección más que el estado en que se había atrincherado, ni otro placer que mirar con desprecio desde el piso alto por encima de las cabezas burguesas. Debí de ser hermosa en su juventud y pasó su vida en bagatelas, atormentando en un principio con sus caprichos a algunos jóvenes infelices para acabar sometiéndose, ya en edad madura, a la obediencia de un viejo oficial que, a cambio de eso y de una mediana pensión, sobrellevó con ella la edad de bronce y murió. Ahora se ve sola en la edad de hierro y nadie la miraría si no fuera por la amabilidad de su sobrina.

8 de enero de 1772

¡Qué clase de personas son éstas en las que toda su alma descansa en el ceremonial y sus pensamientos y afanes durante años y años consisten en buscar el modo de adelantar un puesto más hacia la presidencia de la mesa! Y no es que les falten oportunidades, no, sino que se les acumulan los trabajos porque las obsesiones por medrar les apartan de los asuntos serios. La pasada semana una de estas sandeces nos agrió el paseo en trineo.

Son necios quienes no ven que no todo depende propiamente del sitio que tengas, ya que muy raras veces hace el papel principal quien ocupa el primer puesto. ¡Cuántos reyes son gobernados por sus ministros y cuántos ministros por sus secretarios!, y ¿quién es, pues, el primero? Aquel, creo yo, que vigila a los demás, y con tanto poder o astucia que convierte las fuerzas y entusiasmos de los demás en la ejecución de sus propios planes.

-Los Cantos de Ossian

Los *Cantos de Ossian* tienen una función muy importante en *Werther*, pues la lectura en presencia de **Lotte** de la traducción que de estos cantos había hecho el joven es la que provoca que el enamorado galán se atreva a dar un **beso** a la chica y que ella, casada ya con **Albert**, lo rechace, de donde se seguirá la **desilusión** definitiva de él y su **suicidio** por amor.

Ossian es una creación del poeta escocés **James Macpherson** (1736-1796), que en 1761 anunció que había encontrado un viejo manuscrito en **gaélico** donde un poeta llamado **Ossian** cantaba las hazañas del **rey Fingal**. El texto se divulgó muchísimo y tuvo gran éxito en toda **Europa** entre los jóvenes románticos. Sin embargo, Macpherson reconoció en su **testamento** que tanto Ossian como el manuscrito eran en realidad invenciones suyas.

El comienzo de la carta de **Werther** es toda una declaración de principios de la nueva literatura: el **Clasicismo** ha muerto, viva el **Romanticismo**.



El sueño de Ossian, de Ingres, cuadro encargado por Napoleón

12 de octubre

Ossian ha desplazado a Homero de mi corazón. ¡A qué mundo me transporta ese sublime poeta! Vagar por entre el Heide azotado por el viento rugiente de la tempestad que conduce sobre las vaporosas nieblas, a la luz mortecina de la luna, los espectros de los antepasados. Oír desde la montaña, en medio del bramido del torrente del bosque, los gemidos medio perdidos de los espíritus de las cavernas, y los lamentos de la niña agonizando de pena junto a la tumba de cuatro piedras musgosas y cubiertas de hierba, del noble guerrero, su amado querido. Cuando encuentro entonces al bardo errante encanecido por los años, buscando sobre la anchura del Heide las huellas de sus padres, y ¡ay!, encuentra al fin sus tumbas y entonces, sollozando, dirige su vista hacia el dulce lucero de la tarde que se esconde entre el oleaje del mar, y los tiempos pasados renacen en el espíritu del héroe, cuando todavía sus amables rayos iluminaban los peligros de los valientes, y la luna alumbraba su nave coronada de flores en el regreso victorioso. Cuando leo sobre su frente el profundo dolor, veo al último y abandonado poeta macilento, inclinado sobre la tumba, aspirando nuevas, dolorosas, ardientes alegrías en la presencia desfallecida de las sombras de sus difuntos, y contemplando sobre la fría tierra la alta hierba balanceándose exclama: «¿Dónde está el bardo, el augusto hijo de Fingal? Sus pasos hollarán mi tumba y en vano preguntará por mí en toda la tierra.» ¡Oh, amigo! Quisiera cual noble guerrero desenvainar la espada para libertar a mi príncipe de la cruel tortura de una agonía prolongada y enviar mi alma en pos del semidiós liberado.

19 de octubre

¡Ay, este vacío!, ¡este terrible vacío que siento aquí en mi pecho! — Muchas veces pienso, si pudiera estrecharla siquiera fuera una vez, por una sola vez, contra mi corazón, todo este vacío se colmaría.

El editor al lector

En la parte final del libro cambia la **perspectiva** narrativa: la historia es contada no en **primera persona** (Werther), sino en **tercera** (el editor), de manera que hay un **distanciamiento** emocional entre quien enuncia y lo enunciado, una mayor **objetividad**.

- El editor al lector

“Cómo desearía que de los últimos, de los peculiares días de nuestro amigo nos hubieran quedado tantos testimonios de su puño y letra como hasta ahora, de tal forma que no fuera necesario interrumpir con la narración la serie de cartas que nos dejó.



Me he propuesto reunir noticias exactas de boca de aquellos que pudieron saber de su historia. Esta es sencilla y, a excepción de pequeños detalles, todas las narraciones coinciden; solo en lo que respecta a los modos de pensar de las personas que intervienen en esta historia las opiniones son distintas y los juicios están divididos.

Qué otra cosa nos queda sino narrar concienzudamente lo que, con insistente esfuerzo, hemos podido ir sabiendo; intercalar las cartas dejadas por el difunto, sin tener en menos ni la más pequeña hojita que hayamos podido encontrar, tanto más cuando, tratándose de un hombre fuera de lo común, es tan difícil describir los móviles auténticos y verdaderos de una única acción.

El desánimo y la desgana echaban cada vez raíces más profundas en el alma de Werther, se entrelazaban cada vez con más fuerza y se iban apoderando poco a poco de todo su ser. La armonía de su espíritu estaba completamente destrozada, un fuego interior y una violencia que agitaban todas las fuerzas de su espíritu acabaron produciendo los efectos más nefastos, y al fin no hicieron otra cosa que dejarle en un estado de agotamiento del que se esforzó por salir con mayor angustia aún que aquella que hasta aquel momento le había atormentado en su lucha contra todos los males. La congoja de su corazón iba consumiendo las fuerzas que le quedaban a su espíritu, a su vitalidad, a la agudeza de su inteligencia; acabó convirtiéndose en un triste compañero, cada día más desdichado, y más injusto cuanto más desdichado era. Por lo menos esto es lo que dicen los amigos de Albert; sostienen que Werther no supo juzgar a un hombre recto y sencillo, que en estos momentos disfrutaba de una felicidad deseada durante mucho tiempo; ni tampoco supo juzgar su conducta, orientada a conservar esta felicidad en el futuro, y esto Werther, el que cada día consumía su fortuna entera para luego sufrir y pasar penurias al atardecer. Albert, dicen, no había cambiado en tan poco tiempo, seguía siendo el mismo al que él conocía desde el comienzo, al que valoraba y respetaba tanto. Amaba a Lotte más que a nada en el mundo, estaba orgulloso de ella y deseaba que todos reconocieran que era la más grande de las criaturas. ¿Había que reprocharle por ello que deseara apartar cualquier sombra de sospecha, que en aquel momento no tuviera ganas de compartir con nadie, ni siquiera del modo más inocente, esta preciosa posesión? Reconocen que Albert salía a menudo de la habitación de su mujer cuando Werther estaba con ella, pero no por odio o antipatía para con su amigo, sino solo porque tenía la impresión de que este podría sentirse cohibido ante su presencia.”

El **editor** hace, además de **narrador**, de **transcriptor** de las cartas de **Werther** que reproduce literalmente cuando cree necesario:

“De su estado de confusión, de su pasión, de las fatigas que no le daban tregua, de su cansancio de la vida, son un testimonio especialmente vivo algunas cartas que dejó y que vamos a incluir aquí”

Y a continuación, reproduce las **cartas de 12 y 14 de diciembre**. Luego hace él su personal **reflexión**:

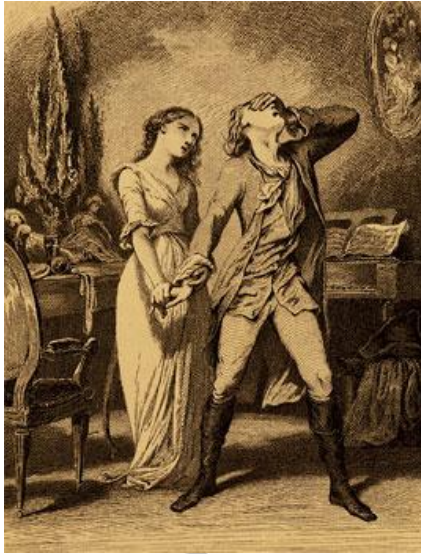
“Al final se fue familiarizando [**Werther**] e incluso encariñando cada vez más con estos tristes pensamientos, y su propósito de hizo firme e irrevocable, algo de lo que da testimonio la siguiente carta, una carta ambigua que escribió a su amigo”

Y añade la **carta de 20 de diciembre**. Unas cartas las de **Werther** que cada vez son más cortas, frente a las reflexiones del **editor**, que cada vez interviene más, hasta el punto de que es él quien finalmente nos contará los últimos momentos de la historia, elevando cada vez más la **intriga** hasta el funesto **desenlace** final. Digamos que, con la narración del **editor**, la perspectiva narrativa es más **coral**, pues hasta entonces todo lo conocemos –el paisaje y el paisanaje- a través de las apreciaciones de **Werther**, de su mirada enferma de amor.

- El último encuentro de los amantes:

Werther no obedece a **Lotte** y vuelve a verla antes de **Navidad**, aunque ella le había pedido, al ver lo turbado que estaba últimamente cada vez que se encontraban, que no acudiera a su casa durante una temporada. Pero él busca el **encuentro** y este se produce en un momento en que ella está sola porque su marido, **Albert**, había ido a ver a un funcionario con el que tenía que hablar. En la

escena final uno de los fragmentos de **Ossian**, el correspondiente a los **Cantos de Selma**, que el mismo **Goethe** había traducido al **alemán** desde el **inglés**, tiene la función de **detonante**:



Ella estaba sola, ninguno de sus hermanos se encontraba cerca, entregada a sus pensamientos que sosegadamente giraban en torno a su situación. Se veía unida a perpetuidad con el hombre cuyo cariño y fidelidad conocía, a quien amaba de todo corazón, cuya serenidad y sinceridad parecían predestinadas desde lo alto para que una mujer honrada cimentara sobre ellas la felicidad de su vida; comprendía lo que él sería siempre para ella y para sus niños. ¡Por otro lado había llegado a tener en tanta estima a Werther! Ya desde el primer instante en que se conocieron había quedado tan patente la concordia de sus caracteres; el largo y duradero trato con él, tantas situaciones vividas en común habían dejado en su corazón una huella imborrable. Todo cuanto sentía o pensaba que era interesante estaba acostumbrada a compartirlo con él y su alejamiento amenazaba con dejar en su ser un vacío que no volvería a llenarse jamás... ¡Oh!, si en aquel momento hubiera podido transformarlo en su hermano, ¡qué feliz hubiera sido! ¡Si hubiera podido casarlo con una de sus amigas habría también podido restablecer de nuevo sus buenas relaciones con Albert!

Había pasado revista mentalmente una por una a todas sus amigas y encontraba en todas ellas algún reparo; no encontraba ninguna a quien poder confiárselo.

Tras todas estas reflexiones concluyó por sentir profundamente, sin confesárselo abiertamente, que el secreto deseo de su corazón era reservárselo para sí misma, aunque al mismo tiempo se decía que no podía ni debía hacerlo; su ánimo, puro y encantador, tan sereno y resuelto, sentía el peso de la melancolía y veía cerradas todas las perspectivas de felicidad. Su corazón se hallaba oprimido y una oscura nube cubría sus ojos.

Eran ya las seis y media cuando oyó a Werther que subía la escalera y reconoció enseguida sus pasos y su voz que preguntaba por ella. ¡Cómo latía su corazón, y casi podemos decir que por primera vez, con su llegada! Hubiera preferido que dijese que no estaba en casa y cuando lo vio entrar exclamó con una especie de turbación apasionada: «No habéis cumplido vuestra palabra.» «Yo no he prometido nada», fue su contestación. «Al menos podíais haber tenido en consideración mi súplica —añadió ella—, os la hice para tranquilidad de ambos.»

No sabía muy bien lo que decía ni lo que hacía cuando mandó a buscar a algunas de sus amigas para no quedarse a solas con Werther. Éste puso sobre la mesa algunos libros que había traído, preguntó por otros, y ella tan pronto deseaba que vinieran sus amigas como que no vinieran. La criada volvió con el recado de que ambas se excusaban.

Pensó primero que la criada viniese con su labor al cuarto de al lado, pero después cambió de idea. Werther iba y venía por la habitación, ella se sentó al piano y comenzó a tocar un minué, éste se le resistía. Se tranquilizó y fue a sentarse al lado de Werther, quien había ocupado su sitio habitual en el canapé.

«¿No tenéis nada para leer?» —preguntó ella. No tenía nada. «Ahí, en mi cajón —dijo Lotte— está vuestra traducción de algunos cantos de Ossian; no los he leído todavía, pues estoy esperando oíroslos leer a vos; pero hasta ahora no se ha presentado la ocasión.» Él sonrió, fue a buscar los cantos, al tomarlos en sus manos se estremeció y los ojos se le llenaron de lágrimas al hojearlos. Se sentó y comenzó a leer.

“Estrella del atardecer, hermosa centelleas por poniente, asomas la cabeza refulgente tras tu nube y caminas firme hacia la colina (...)

»Solo, sobre la roca lamida por las aguas, oí los lamentos de mi hija. Su grito era largo y agudo, pero su padre no pudo salvarla. Toda la noche permanecí a la orilla, la veía al pálido resplandor de la luna, toda la noche oí sus gritos, el viento silbaba y la lluvia azotaba con fuerza las laderas del monte. Su voz fue debilitándose. Antes de que alborease, murió lejana como la brisa de la tarde entre las hierbas de las rocas. Abrumada por la pena, murió, dejando a Armin solo. Desapareció mi fortaleza en el combate, se ha marchitado mi orgullo entre las doncellas.

«Cuando baja la tempestad de la montaña, cuando el cierzo levanta las olas, voy a sentarme a la orilla rumorosa y contemplo la terrible roca. A menudo cuando la luna declina veo los espíritus de mis hijos errantes en la semioscuridad unidos en triste armonía.»

Un torrente de lágrimas que brotó de los ojos de Lotte y alivió su corazón oprimido, contuvo la lectura de Werther. Arrojó el papel, tomó su mano y vertió las lágrimas más amargas. Lotte, apoyada en la otra, ocultaba sus ojos con el pañuelo. La emoción de ambos era espantosa. Veían su propio infortunio en el destino de los nobles héroes, lo sentían conjuntamente y las lágrimas se aunaban. Los labios y los ojos de Werther ardían en el brazo de Lotte, se apoderó de ella un temblor; quiso retirarse, pero el dolor, el sentimiento pesaban sobre ella como el plomo, insensibilizándola. Lanzó un suspiro para recuperarse y le rogó

sollozando que continuase. ¡Se lo suplicó con toda su voz celestial! Werther temblaba, su corazón quería salirse del pecho, volvió a tomar las hojas y leyó con voz entrecortada:

«¿Por qué me despiertas, brisa de primavera? Me acaricias y dices: ¡Con gotas de rocío celestial cubro la tierra! ¡Pero la hora de marchitarme está cerca, cercana la tempestad que habrá de deshojarme! Mañana llegará el caminante que me vio en toda mi belleza, sus ojos me buscarán en el campo a su alrededor y no me encontrará.»

Todo el poder de estas palabras cayó sobre el infortunado. En plena desesperación se arrojó a los pies de Lotte, tomó su mano, la estrechó contra sus ojos, contra su frente y a ella le pareció pasarle por su alma el presentimiento de su horrible propósito. Sus sentidos se turbaron, estrechó las manos de Werther, las oprimió contra su pecho, se inclinó hacia él en un arranque de nostalgia y sus ardientes mejillas se rozaron. El mundo desapareció para ellos. Werther la estrechó entre sus brazos, la apretó contra su pecho y cubrió sus temblorosos y balbucientes labios con ardientes besos. «¡Werther! —exclamó ella con voz ahogada y apartándose de él—. ¡Werther! —y con mano débil intentaba separar su pecho del suyo—. ¡Werther!», gritó con el tono decidido del más noble sentimiento. Él no puso resistencia, la dejó desasirse de sus brazos, y se arrojó como loco a sus pies. Ella se apartó de él y en angustiada confusión, vacilando entre el amor y la cólera, dijo: «¡Ésta es la última vez, Werther! ¡No volveréis a verme más!» Y dirigiendo la mirada más embriagada de amor al desdichado, corrió a la habitación de al lado y cerró tras sí con llave. Werther extendió los brazos, pero no se atrevió a retenerla. Tendido en el suelo, con la cabeza sobre el sofá, permaneció en esta postura más de media hora, hasta que un ruido le hizo volver en sí. Era la criada que se disponía a poner la mesa. Werther comenzó a pasear por la habitación y, al verse nuevamente solo, se acercó a la puerta de la habitación contigua y en voz baja clamó: «¡Lotte! ¡Lotte! ¡Solamente una palabra! ¡Un adiós!» Ella no respondió. Él insistió, suplicó y volvió a insistir, entonces se alejó exclamando: «¡Adiós, Lotte! ¡Adiós para siempre!»

Llegó a la puerta de la ciudad. La guardia, acostumbrada a verle, le dejó salir sin decir palabra. Caía aguanieve y no llamó a la puerta hasta eso de las once. El criado se dio cuenta al llegar Werther a casa de que su amo no llevaba sombrero. No se atrevió a decir nada, le ayudó a desvestirse, estaba todo empapado. Más tarde encontraron el sombrero sobre una roca, en la falda de una colina, desde donde se contempla el valle, y no se comprende cómo pudo en noche tan oscura y húmeda trepar hasta allí arriba sin despeñarse.

Se acostó y durmió largo tiempo. El criado le encontró escribiendo cuando a la mañana siguiente acudió a servirle el café. En carta destinada a Lotte escribió lo que sigue:

«Por última vez, sí, por última vez abro estos ojos. Estos, ¡ay!, no volverán ya a ver el sol, un día revuelto y nubloso lo mantiene oculto. ¡Llora, naturaleza!, pues tu hijo, tu amigo, tu amado, se acerca a su fin. Lotte, éste es un sentimiento sin igual y, sin embargo, a lo que más se asemeja es a ese sueño crepuscular en que uno se dice a sí mismo: ésta es la última mañana. (...)

- El funesto desenlace: Última hora de Werther

«Después de las once



»Todo está sosegado a mi alrededor y mi alma tan serena. Te doy gracias, Señor, por haberme concedido en estos últimos instantes este calor y esta fortaleza.

»¡Me asomo a la ventana, amada mía, y veo, veo todavía a través de las tempestuosas y apresuradas nubes algunas estrellas en el eterno cielo! ¡No, vosotras no caeréis! El Eterno os lleva en su corazón, y a mí. Veo la vara del Carro, la favorita de todas las constelaciones. Cuando por la noche salía de tu casa, al pasar la puerta, estaba siempre en lo alto, frente a mí. ¡Con qué fruición la he contemplado tantas veces, a menudo, alzando las manos la convertía en signo, en monumento sagrado de la dicha del momento!, y todavía... ¡Oh, Lotte! ¿Qué hay que no me recuerde a ti? ¿No me rodeas por todas partes? ¿No he arrebatado para mí, igual que un niño insatisfecho, toda clase de insignificancias que tú, santa, habías tocado?

«¡Adorada silueta! Te la devuelvo como legado, Lotte, y te pido que la veneres. He estampado en ella miles y miles de besos, miles de veces la he saludado cuando salía o regresaba a casa. (...)

»Quiero, Lotte, que me entierren con la ropa que llevo puesta; tú la has tocado y santificado; también se lo he pedido a tu padre. Mi alma se cierne sobre el ataúd. Que no se registren mis bolsillos. Aquel lazo de color de rosa que tú llevabas en el pecho, cuando te vi por primera vez entre tus hermanos... ¡oh!, dales mil besos de mi parte y cuéntales el destino de su infortunado amigo. — ¡Los angelitos corretean a mi alrededor!

¡Ay, cómo me uní a ti!, ¡desde el primer instante no pude separarme de ti! — Este lazo quiero que lo entierren conmigo. ¡Me lo regalaste el día de mi cumpleaños! ¡Con qué ansiedad devoraba todo! — ¡Ay, no pensé que aquel camino había de conducirme aquí! — ¡Ten calma! — te lo suplico, ¡ten calma!

»Están cargadas... ¡Dan las doce!, ¡sea, pues! ¡Lotte! ¡Lotte!, ¡adiós!, ¡adiós!»

Un vecino vio el fogonazo y oyó el disparo, pero como todo volvió a quedar tranquilo no prestó mayor atención.

Por la mañana a las seis entra el criado con una luz. Encuentra a su amo en el suelo, la pistola y sangre. Le llama, le toca, ninguna respuesta, todavía respira. Va corriendo en busca del médico y de Albert. Lotte oye sonar la campanilla, un temblor recorre todo su cuerpo. Despierta a su marido, saltan de la cama, el criado, sollozando y balbuciendo, trae la noticia, Lotte cae desmayada a los pies de Albert.

Cuando llegó el médico junto al desventurado, lo encontró en el suelo, sin salvación, el pulso latía, pero todos los miembros estaban paralizados. Se había disparado en la cabeza por encima del ojo derecho, haciendo saltar los sesos. Le hicieron una sangría en el brazo, la sangre corrió, seguía respirando.

Por la sangre del respaldo del sillón podía deducirse que había consumado la acción sentado ante la mesa de escribir, después se fue desplomando y en las convulsiones se había agitado alrededor del sillón. Yacía inerte junto a la ventana, de espaldas al suelo, completamente vestido y calzado, con el frac azul y el chaleco amarillo.

La casa, la vecindad, la ciudad, estaban alborotadas. Entró Albert. A Werther lo habían colocado en su lecho, con la cabeza vendada, su rostro parecía ya el de un muerto, no movía ningún miembro. Los pulmones estertoraban todavía de manera espantosa, ora débil, ora más fuerte; se esperaba su fin.

Del vino solamente había bebido un vaso. *Emilia Galotti*¹ estaba abierta sobre su escritorio.

Permitidme no diga nada sobre la consternación de Albert y el dolor de Lotte.

El anciano administrador, al saber la noticia, acudió rápidamente y besó al moribundo entre ardientes lágrimas. Los mayores de sus hijos llegaron poco después a pie, se postraron junto al lecho dando muestras del más vivo dolor, le besaron las manos y la boca, y el mayor de ellos, al que siempre más había querido, estuvo pendiente de sus labios hasta que expiró y hubo de ser apartado a la fuerza. Expiró a las doce del mediodía. La presencia del administrador y las medidas por él adoptadas evitaron un alboroto. Por la noche, hacia las once, le dieron sepultura en el lugar que él había elegido. El anciano siguió al cadáver, y sus hijos; Albert no pudo. Se temía por la vida de Lotte. Lo llevaron artesanos. No le acompañó sacerdote alguno².”



¹ *Emilia Galotti* (1772) es un drama del poeta alemán Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781) que era amigo de Goethe. La protagonista del relato, temerosa de caer en las garras de un seductor y perder su honra, pide a su padre que la apuñale. La obra de Lessing se encontró sobre el escritorio de Karl Wilhelm Jerusalem (1747-1772), también amigo de Goethe, al que conoció durante su estancia en Wetzlar. Jerusalem se suicidó de un disparo, por culpa de un amor no correspondido por una mujer casada.

² A las personas que se suicidaban se les negaba auxilio espiritual y ser enterradas en tierra sagrada, por considerarse el suicidio un gravísimo pecado.